



VIA SPEI

Un camino de oración para el tiempo
pascual en el Año Jubilar de la Esperanza



CONFERENCIA
EPISCOPAL
ESPAÑOLA





Este camino de oración para el tiempo pascual se propone a modo de *Via Lucis*, en el contexto eclesial en el que nos encontramos, al celebrar un Año Jubilar de la Esperanza.

Está pensado para celebrarse en los templos jubilares señalados en cada diócesis.

Será necesario tener preparadas unas velas de vigilia, para entregarle a cada participante, que, en el momento que se indique, tendrán que encender del cirio pascual.

Se puede poner en cada uno de los lugares donde se hace cada estación una imagen impresa alusiva al relato evangélico que se proclama.

Se puede entonar una antífona breve o una estrofa de un canto de Pascua, al final de cada estación, mientras la asamblea se traslada a la siguiente.

Saludo inicial:

+ En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

R/. Amén.

Monitor:

De la misma manera que hace unos días recorriamos con Jesús el camino de su Cruz, ahora queremos caminar con Él por el camino de la Resurrección y de la gracia. Que el Señor Resucitado -que es la luz que no conoce el ocaso- nos acompañe en el recorrido que vamos a hacer por este templo jubilar, pero, sobre todo, que nos acompañe en el camino de nuestras vidas que, esperanzados por su victoria, queremos dirigir hacia Él.

Lector:

«Por la entrañable misericordia de nuestro Dios nos visitará el sol que nace de lo alto, para iluminar a los que viven en tinieblas y en sombra de muerte, para guiar nuestros pasos por el camino de la paz» (Lc 1, 78-79).

Oración:

**Señor Jesús,
con tu Resurrección triunfaste sobre la muerte
y vives para siempre comunicándonos la vida, la alegría y
la esperanza firme.**

**Tú que fortaleciste la fe de los apóstoles, de las mujeres
y de tus discípulos enseñándolos a amar con obras,
fortalece también nuestro espíritu vacilante,
para que nos entreguemos de lleno a ti
y a todos los hermanos.**

**Queremos compartir contigo
la alegría de tu Resurrección gloriosa.**

**Tú que nos has abierto el camino hacia el Padre,
haz que, iluminados por el Espíritu Santo,
gocemos un día de la gloria eterna.**

**Te lo pedimos a ti que vives y reinas
por los siglos de los siglos.**

Amén.



PRIMERA ESTACIÓN

El sepulcro vacío muestra que Jesús ha vencido la muerte

V/. El Señor Jesús ha resucitado. Aleluya.

R/. En Él ponemos nuestra esperanza. Aleluya.

Lector 1:

«Y muy temprano, el primer día de la semana, al salir el sol, fueron al sepulcro. Y se decían unas a otras: «¿Quién nos moverá la piedra de la entrada del sepulcro?». Al mirar, vieron que la piedra estaba movida y eso que era muy grande. Entraron en el sepulcro y vieron a un joven sentado a la derecha, vestido de blanco. Y quedaron aterradas. Él les dijo: «No tengáis miedo. ¿Buscáis a Jesús el Nazareno, el crucificado? Ha resucitado. No está aquí. Mirad el sitio donde lo pusieron». (Mc 16, 2-6).

Lector 2:

El joven vestido de blanco invita a las mujeres a cambiar su dolor y su miedo por la esperanza. Y la visión del sepulcro vacío nos invita a nosotros a confiar, aunque humanamente parezca no haber razones para hacerlo. Nos acordamos en esta estación de los jóvenes y de aquellos que, hundidos en el dolor y el miedo, no tienen razones para esperar algo bueno en sus vidas, para que también ellos escuchen el mensaje gozoso de la resurrección.

Todos:

Señor Jesús,
tú que has vencido la muerte,
disipa en los jóvenes todos los miedos,
todas las dudas
y todas las vacilaciones.
Dales firmeza y valentía
para responder a tu llamada
y vivir como discípulos tuyos
en medio del mundo.

PADRE NUESTRO...



SEGUNDA ESTACIÓN

Jesús resucitado se aparece a las mujeres

V/. El Señor Jesús ha resucitado. Aleluya.

R/. En Él ponemos nuestra esperanza. Aleluya.

Lector 1:

«Ellas se marcharon a toda prisa del sepulcro; llenas de miedo y de alegría corrieron a anunciarlo a los discípulos. De pronto, Jesús les salió al encuentro y les dijo: «Alegraos». Ellas se acercaron, le abrazaron los pies y se postraron ante él. Jesús les dijo: «No temáis: id a comunicar a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me veréis». (Mt 28,8-10).

Lector 2:

El Señor irrumpe así, de improvviso, en nuestras vidas, y nos irradia su luz y su amor. Se nos mezclan el temor y el gozo, ante lo que nos supera y nos resulta incomprensible. Pero lo que sí podemos comprender es que, cuando todas las puertas parecen cerrarse, Jesús resucitado nos abre una desde la que nos hace ver un futuro con sentido.

Todos:

Señor Jesús,
tú que diste a las mujeres
la sorpresa de encontrarte vivo
cuando su corazón estaba azaroso,
sorpréndenos también a nosotros
con tu presencia siempre esperanzadora,
con tu amor que supera
todas nuestras expectativas,
con tu paz que nos penetra y nos sana.

PADRE NUESTRO...





TERCERA ESTACIÓN

Jesús elige a María Magdalena como apóstol de sus apóstoles

V/. El Señor Jesús ha resucitado. Aleluya.

R/. En Él ponemos nuestra esperanza. Aleluya.

Lector 1:

«Jesús le dice: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?». Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré». Jesús le dice: «¡María!». Ella se vuelve y le dice: «¡Rabbuní!», que significa: «¡Maestro!». Jesús le dice: «No me retengas, que todavía no he subido al Padre. Pero, anda, ve a mis hermanos y diles: “Subo al Padre mío y Padre vuestro, al Dios mío y Dios vuestro”». (Jn 20,14-17).

Lector 2:

En María Magdalena están representadas todas las mujeres que han puesto su vida en las manos del Señor. Confían en él. Y lo mejor es que Él confía en ellas y les encarga la misión de ser sus testigos. Son mujeres que han puesto su esperanza en Jesús y de esta manera, tantas veces anónima y callada, se convierten en el sostén de los que profesan una fe más débil o tienen las alas cortadas por los dolores y sinsabores la vida.

Todos:

Señor Jesús,
ilumina a todas las mujeres
que tú has elegido como discípulas:
las madres y las abuelas,
las catequistas y las maestras,
las que cuidan a ancianos y enfermos,
las que sirven a los pobres.

PADRE NUESTRO...

CUARTA ESTACIÓN

Jesús devuelve la esperanza a dos discípulos desanimados

V/. El Señor Jesús ha resucitado. Aleluya.

R/. En Él ponemos nuestra esperanza. Aleluya.

Lector 1:

«Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos no eran capaces de reconocerlo. Llegaron cerca de la aldea adonde iban y él simuló que iba a seguir caminando; pero ellos lo apremiaron, diciendo: "Quédate con nosotros, porque atardece y el día vade caída". Y entró para quedarse con ellos. Sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando. A ellos se les abrieron los ojos y lo reconocieron. Pero él desapareció de su vista». (Lc 24, 13-16.28-31).

Lector 2:

Aquellos dos discípulos iban desanimados. También los que quedaron en Jerusalén lo estaban, pero al menos permanecieron juntos. Estos dos no solo sentían lejos al Señor, sino que se alejaban de la comunidad. Es como si todo hubiera dejado de tener sentido. Pero Jesús, irrumpiendo en su camino, sana sus almas descorazonadas con la fuerza de su Palabra y con el pan de Vida, que es Él mismo, esperanza para el mundo.

Todos:

Señor Jesús,
igual que los de Emaús,
algunas veces vamos por la vida
pesarosos y decepcionados.
Sal a nuestro encuentro,
y abre nuestros ojos
para que comprendamos las Escrituras.

PADRE NUESTRO...



QUINTA ESTACIÓN

Jesús transmite a los apóstoles la paz y la alegría

V/. El Señor Jesús ha resucitado. Aleluya.

R/. En Él ponemos nuestra esperanza. Aleluya.

Lector 1:

«Al anochecer de aquel día, el primero de la semana, estaban los discípulos en una casa, con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Y en esto entró Jesús, se puso en medio y les dijo: «Paz a vosotros». Y, diciendo esto, les enseñó las manos y el costado. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. Jesús repitió: «Paz a vosotros. Como el Padre me ha enviado, así también os envío yo». Y, dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo; a quienes les perdonéis los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengáis, les quedan retenidos». (Jn 20,19-22).

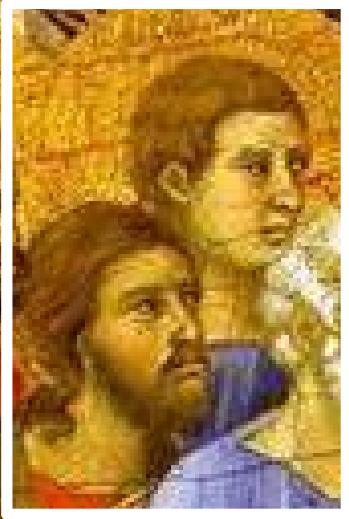
Lector 2:

El Resucitado lleva aún en sus manos, en sus pies y en su costado las marcas de la cruz. Pero está vivo. Atraviesa puertas cerradas y venda corazones desgarrados. Apacigua temores y siembra un buen puñado de semillas de esperanza en los corazones de los suyos. Es más: Él, sembrador, manda a los suyos a sembrar. Confiando en él, es seguro que habrá cosecha abundante.

Todos:

Señor Jesús,
danos la alegría de tu resurrección,
infúndenos tu Espíritu
y envíanos testigos valientes de tu Evangelio,
hombres y mujeres que, desde la vida consagrada,
sean en el mundo sembradores de tu paz,
de tu esperanza y de tu perdón.

PADRE NUESTRO...



SEXTA ESTACIÓN

Jesús alienta al discípulo que desconfía y duda

V/. El Señor Jesús ha resucitado. Aleluya.

R/. En Él ponemos nuestra esperanza. Aleluya.

Lector:

«Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros». Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente». Contestó Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!». Jesús le dijo: «¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto». (Jn 20, 26-29).

Lector 2:

Da pena Tomás. Le colgamos desde el principio el sambenito de “incrédulo” y se quedó con él por los siglos de los siglos. Pero la verdad es que los demás eran como él: también Jesús les había mostrado a ellos las heridas de sus manos y de su costado. Menos mal que inspirado dijo esa oración tan sencilla y que tantas veces también nosotros hemos repetido: ¡Señor mío y Dios mío! El incrédulo se tornó creyente y profesante. En ti también se puede producir ese cambio, si abres tus ojos a la esperanza del Resucitado.

Todos:

Señor Jesús,
nos pasa igual que a Tomás:
somos desconfiados
y tardos para creer.
Disipa nuestras dudas.
Muéstranos tu rostro bondadoso,
para que te reconozcamos ante el mundo
como nuestro Dios y Señor.

PADRE NUESTRO...





SÉPTIMA ESTACIÓN

Jesús concede a los discípulos una pesca abundante

V/. El Señor Jesús ha resucitado. Aleluya.

R/. En Él ponemos nuestra esperanza. Aleluya.

Lector 1:

«Estaban juntos Simón Pedro, Tomás, apodado el Mellizo; Natanael, el de Caná de Galilea; los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: «Me voy a pescar». Ellos contestan: «Vamos también nosotros contigo». Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: «Muchachos, ¿tenéis pescado?». Ellos contestaron: «No». Él les dice: «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis». La echaron, y no podían sacarla, por la multitud de peces». (Jn 21,2-6)

Lector 2:

Los pescadores habían sido pescados. El Nazareno les robó el corazón para hacerlos suyos. Y, después de la resurrección, las tareas cotidianas se tintan con el brillo de la Pascua. Pescar peces y pescar hombres para Jesús. Con su presencia está asegurada la pesca abundante. Aunque pasemos toda la noche bregando, sin conseguir nada. Pero, ¿de verdad confiamos en él?

Todos:

Señor Jesús,
nos ocurre como a los discípulos:
nos pasamos la vida bregando
sin conseguir nada.
Hazte presente en nuestras vidas
para que consigamos por tu Palabra
una pesca abundante.

PADRE NUESTRO...

OCTAVA ESTACIÓN

Jesús es reconocido en la comida fraterna

V/. El Señor Jesús ha resucitado. Aleluya.

R/. En Él ponemos nuestra esperanza. Aleluya.

Lector 1:

«Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: «Traed de los peces que acabáis de coger». Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: «Vamos, almorzad». Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado». (Jn 21,9-13)

Lector 2:

Dicen que 153 eran todas las especies de peces conocidas en la época de Jesús. O sea, que, en realidad, lo que nos sugiere Juan es que, por la palabra de Jesús, los discípulos pescaron todos los peces. Al menos ese fue el encargo y la tarea que el Maestro les confió después: que todos los hombres se salven, que todos conozcan su Evangelio, que todos formen una única familia. Para ello es necesario alimentarse en la mesa de la esperanza, que el Señor tiene preparada para nosotros.

Todos:

Señor Jesús,
que sepamos reconocerte presente
cuando compartimos la vida,
cuando compartimos la casa,
cuando compartimos el trabajo.
Y cuando nos ponemos juntos
a escuchar tu Palabra;
y cuando nos sentamos unidos
en la mesa de la Eucaristía.

PADRE NUESTRO...





NOVENA ESTACIÓN

Jesús entrega a Pedro el pastoreo de su rebaño

V/. El Señor Jesús ha resucitado. Aleluya.

R/. En Él ponemos nuestra esperanza. Aleluya.

Lector 1:

«Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que estos?». Él le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis corderos». Por segunda vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?». Él le contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero». Él le dice: «Pastorea mis ovejas». Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?». Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez: «¿Me quieres?» y le contestó: «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero». Jesús le dice: «Apacienta mis ovejas». (Jn 21,15-17).

Lector 2:

Tres negaciones y tres declaraciones de amor. No es que el Maestro las necesitase: bien sabía Él lo que había en el corazón de Pedro. Era el discípulo el que las necesitaba para curar las llagas que había abierto en sí mismo cuando dijo no conocer a Jesús ante la gente. Había roto su propia posibilidad de esperanza y la de todos lo que iban a depender de su testimonio. Pero el Maestro es además Médico. Deja que cure también tus heridas y te prepare para realizar la tarea que te encomienda: por ti; por los otros.

Todos:

Señor Jesús,
como hiciste con Pedro,
le encargas a tus pastores
pastorear tu rebaño.
Ayúdanos a cuidar unos de otros.

PADRE NUESTRO...

DÉCIMA ESTACIÓN

Jesús encarga a los doce la tarea de evangelizar

V/. El Señor Jesús ha resucitado. Aleluya.

R/. En Él ponemos nuestra esperanza. Aleluya.

Lector 1:

«Al verlo, ellos se postraron, pero algunos dudaron. Acercándose a ellos, Jesús les dijo: «Se me ha dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado». (Mt, 28,17-20a).

Lector 2:

«Haced discípulos». Es la tarea de las tareas. El encargo fundamental de Jesús a los suyos. Podía haberlo hecho él, pero ha querido que lo hagamos nosotros. Es el misterio del Dios omnipotente que necesita de la colaboración de sus criaturas, que somos tan débiles y tan limitadas. Ha confiado en nosotros. Ha puesto en nosotros su esperanza. Y nosotros, ¿confiamos en él?

Todos:

Señor Jesús,
que no olvidemos nunca tu encargo:
nuestra tarea es que el mundo
conozca a Dios nuestro Padre
y a ti, su Enviado.
Que el mundo pueda conocerte
a través de nuestras palabras,
pero sobre todo
a través de nuestras obras.
Que tu gracia se extienda por el mundo,
que los creyentes de todas las vocaciones
seamos portadores de tu vida.

PADRE NUESTRO...





UNDÉCIMA ESTACIÓN

Jesús anuncia que seguirá siempre con nosotros

V/. El Señor Jesús ha resucitado. Aleluya.

R/. En Él ponemos nuestra esperanza. Aleluya.

Lector 1:

Jesús, les dijo... «Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos». (Mt 28,20b).

Lector 2:

No es solo tarea nuestra. Porque nuestra tarea está siempre alentada por él. No estamos solos. ¿Qué es lo que tememos? ¿Por qué nuestro corazón se acobarda? A veces no confiamos en nosotros mismos, pero ¿vamos a dejar de confiar en Él? No, digamos como Pablo: «Sé de quién me he fiado».

Todos:

Señor Jesús,
tú que prometiste
estar siempre con nosotros
y no dejarnos huérfanos,
libra a tu Iglesia de lo que le impide
dar testimonio de tu amor en el mundo.
Danos fuerza para no vacilar
ante las dudas y dificultades de la vida.
Que descubramos siempre, cada día,
tu presencia esperanzadora en medio
de nosotros.

PADRE NUESTRO...

DUODÉCIMA ESTACIÓN

Jesús asciende al Padre para abrirnos camino

V/. El Señor Jesús ha resucitado. Aleluya.

R/. En Él ponemos nuestra esperanza. Aleluya.

Lector 1:

«Dicho esto, a la vista de ellos, fue elevado al cielo, hasta que una nube se lo quitó de la vista. Cuando miraban fijos al cielo, mientras él se iba marchando, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco, que les dijeron: «Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo? El mismo Jesús que ha sido tomado de entre vosotros y llevado al cielo, volverá como lo habéis visto marcharse al cielo». (Hch 1,9-11).

Lector 2:

Una nube les arrebató a los discípulos la presencia de Jesús. Y ellos estaban a punto de quedarse en las nubes. Pero él no los dejó. Es necesario volver a la tierra, pisar firme, para que nuestra predicación no alimente en las personas ilusiones vanas, sino esperanza cierta. Para ellos se trataba de volver al monte de los olivos, donde todo había comenzado; para nosotros, de volver a la vida cotidiana, al trabajo de cada día, a la relación con la gente que nos es habitual... y allí plantar la semilla del Reino.

Todos:

Señor Jesús,
aunque te fuiste a la derecha del Padre,
te quedaste entre nosotros
para siempre en la Eucaristía.
Que nunca nos falten sacerdotes
que hagan real tu presencia
en medio de la comunidad,
para que así todos seamos hijos de la resurrección,
testigos de la vida, anunciadores de tu Evangelio.

PADRE NUESTRO...



DECIMOTERCERA ESTACIÓN

Los discípulos perseveran en la oración con María

V/. El Señor Jesús ha resucitado. Aleluya.

R/. En Él ponemos nuestra esperanza. Aleluya.

Lector 1:

«Entonces se volvieron a Jerusalén, desde el monte que llaman de los Olivos, que dista de Jerusalén lo que se permite caminar en sábado. Cuando llegaron, subieron a la sala superior, donde se alojaban: Pedro y Juan y Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago el de Alfeo y Simón el Zelotes y Judas el de Santiago. Todos ellos perseveraban unánimes en la oración, junto con algunas mujeres y María, la madre de Jesús, y con sus hermanos». (Hch 1,12-14).

Lector 2:

Qué importante es la comunidad. Qué necesaria se nos manifiesta la familia. Solo en su seno los corazones se caldean y la presencia del Señor se hace densa y el diálogo con él, intenso. No te alejes de la familia. Eres parte necesaria, irremplazable, de tu grupo de vida, de tu parroquia, de la Iglesia. Necesitan de ti y tú necesitas de los otros. Solo en esta certeza es posible crecer en lo que somos y esperar en el Señor y su Espíritu de vida, que quiere llegar a nosotros y ungirnos con su ternura, con su valor, con su fortaleza.

Todos:

Señor Jesús,
ayúdanos a perseverar unidos en la oración,
a mantenernos siempre a la escucha,
siempre a la espera,
confiando en tus promesas.
Que demos ante el mundo
testimonio de unidad y de concordia,
de acogida y de hospitalidad,
de caridad y de amor.

PADRE NUESTRO...



DECIMOCUARTA ESTACIÓN

Jesús envía su Espíritu a los suyos para que sean sus testigos

V/. El Señor Jesús ha resucitado. Aleluya.

R/. En Él ponemos nuestra esperanza. Aleluya.

Lector 1:

«Al cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos juntos en el mismo lugar. De repente, se produjo desde el cielo un estruendo, como de viento que soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas, como llamaradas, que se dividían, posándose encima de cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les concedía manifestarse». (Hch 2,1-4).

Lector 2:

El Espíritu del Resucitado hace maravillas. Es viento impetuoso y brisa suave. Aliento vital y huracán que nos desenraiza de nuestras comunidades. Fuego que caldea y llama que purifica. Lo necesitamos. Sin él no hay posibilidades. Sin él no es posible la esperanza. El Espíritu es Dios viviendo en cada creyente y en todos los creyentes juntos convertidos en la esposa-Iglesia. Entra, como Jesús, aunque las puertas estén cerradas. Pero es mejor tenerlas abiertas, ¿no te parece?

Todos:

Señor Jesús,
tú que enviaste el Espíritu
a los primeros discípulos,
y nos fortaleces también a nosotros
con su poder,
ayúdanos a hablar siempre al mundo
de las maravillas de tu amor,
que hemos contemplado con nuestros ojos
y hemos palpado con nuestras manos.

PADRE NUESTRO...



CONCLUSIÓN

Lector:

«Así pues, habiendo sido justificados en virtud de la fe, estamos en paz con Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo, por el cual hemos obtenido, además, por la fe, el acceso a esta gracia, en la cual nos encontramos; y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. Más aún, nos gloriamos incluso en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia, la paciencia, virtud probada, la virtud probada, esperanza, y la esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado». (Rm 5,1-5).

Oración final:

**Todos tus hijos, aquí reunidos,
te pedimos, Dios de misericordia,
que nos fortalezcas con tu Espíritu
para proclamar en nuestra vida
la victoria de tu Hijo
sobre el dolor y la muerte.
Que sepamos comunicar
a todos los que nos rodean
que la muerte no es el final del camino.
Ayúdanos a vivir el mandato nuevo
que Cristo nos dejó:
el de amarnos unos a otros
como él mismo hizo con todos.
Por eso vive y reina
por los siglos de los siglos. Amén.**

Si el Via Spei lo preside un sacerdote o diácono, se puede concluir con la bendición.

